

LA PLENITUD DE LA SEÑORITA BRODIE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN LENGUA INGLESA:

The Prime of Miss Jean Brodie

Primera edición: mayo de 2006

Segunda impresión: noviembre de 2010

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: *La partie de volant*, (detalle), 1892. Édouard Vuillard

© de la traducción: Silvia Barbero Marchena, 2006

© 1961 Muriel Spark

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2010

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-8191-752-9 • DEPÓSITO LEGAL: V-4041-2010

GUADA IMPRESORES - TEL. 961 519 060 - MONTCABRER 26- 46960 ALDAIA (VALENCIA)

Cuando hablaban con las niñas de la Escuela Marcia Blaine, los chicos se quedaban detrás de la bicicleta con las manos apoyadas en el manillar, lo que hacía que las bicicletas actuasen como barrera protectora entre ambos sexos y que diese la impresión de que los chicos tenían la posibilidad de marcharse en cualquier momento.

Las niñas no podían quitarse el panamá porque aquellos encuentros tenían lugar no muy lejos de la entrada de la escuela e ir sin sombrero estaba prohibido. Algunas infracciones del uso adecuado del sombrero eran celosamente observadas en el caso de las niñas de cuarto curso para arriba, a fin de que ninguna lo llevase ladeado. Pero había otras formas sutiles de moldear el ala del sombrero, distinta a la que exigía el reglamento general, consistente en alzarla por detrás y en bajarla por delante. Aquellas cinco niñas, apiñadas a causa de la cercanía de los chicos, llevaban el sombrero con un toque especial.

Eran las niñas que integraban el grupo de Brodie. Así era como se las conocía, incluso antes de que la directora les diese despectivamente ese nombre, desde que, a la edad de doce años, pasaron de la escuela primaria a la secundaria. En aquella época, eran identificadas como las alumnas de la señorita Brodie porque estaban muy bien instruidas en muchas materias que resultaban irrelevantes para el plan oficial de estudios, al menos según el criterio de la directora, e inútiles

para la escuela como tal escuela. Aquellas niñas se distinguían por el hecho de haber oído hablar del buchmanismo y de Mussolini, de los pintores del Renacimiento italiano, de las ventajas de la crema limpiadora y del hamamelis para la piel, en vez del jabón normal y del agua clara, y del concepto de “primera menstruación”. Estaban al corriente de la decoración de la casa londinense del autor de *Winnie The Pooh*, así como de la vida sentimental de Charlotte Brontë y de la de la propia señorita Brodie. Sabían de la existencia de Einstein y estaban al tanto de los argumentos de quienes consideraban que la Biblia era falsa. Conocían los rudimentos de la astrología, aunque ignoraban la fecha de la célebre batalla de Flodden y cuál era la capital de Finlandia. Todas las niñas del grupo de Brodie, excepto una, contaban con los dedos de las manos, al igual que la señorita Brodie, con resultados más o menos exactos.

Cuando cumplieron dieciséis años y pasaron al cuarto curso de secundaria, en un periodo en que se dedicaban a perder el tiempo después de salir de clase junto a la entrada de la escuela y en que se habían ajustado ya a la ortodoxia del centro, seguían siendo, inconfundiblemente, las niñas de Brodie. Todas eran famosas en la escuela, lo que viene a ser como decir que estaban bajo sospecha y que no gozaban de mucha simpatía. Entre ellas no existía espíritu de equipo y tenían muy poco en común, aparte de la prolongada amistad con Jean Brodie, que seguía enseñando en la escuela primaria y que también estaba sometida a un alto grado de sospecha.

La Escuela Marcia Blaine para niñas era una escuela sin internado que había sido parcialmente fundada, a mediados del siglo XIX, por la acaudalada viuda de un encuadernador de Edimburgo. Antes de morir, había sido admiradora de Garibaldi. El retrato de esta señora de aspecto varonil colgaba en el gran vestíbulo de la escuela y, cada Día de la Fundadora,

se le rendía homenaje depositando un ramo de flores perecederas, como crisantemos o dalias, en un florero colocado debajo del retrato, sobre un atril en que también reposaba una Biblia abierta con una frase subrayada con tinta roja: “Oh, dónde encontraré una mujer virtuosa, porque su precio está por encima del de los rubíes”.

Cada una de las niñas que perdían el tiempo bajo el árbol, hombro con hombro, apiñadas a causa de la cercanía de los chicos, era famosa por algún aspecto en concreto. Monica Douglas, con dieciséis años cumplidos, era una monitora que tenía autoridad sobre otras alumnas, y era famosa, sobre todo, por las matemáticas, debido a su capacidad para resolver las operaciones mentalmente, aunque también por su irascibilidad, que, cuando se le desataba, la llevaba a repartir golpes a diestro y siniestro. Tenía la nariz muy roja, tanto en verano como en invierno, unas trenzas largas y negras y las piernas gordas como troncos. Desde que cumplió los dieciséis años, Monica llevaba el panamá bastante más alzado de lo normal, encasquetado como si el sombrero fuera demasiado pequeño y como si supiese que resultaba grotesca de todas formas.

Rose Stanley era famosa por su aura sexual. Se colocaba el sombrero de forma bastante discreta sobre su pelo rubio y corto, aunque abollaba ambos lados de la copa.

Eunice Gardiner, pequeña pero bien proporcionada, famosa por su vigor gimnástico y por su elegancia al practicar la natación, llevaba el ala del sombrero alzada por delante y caída por detrás.

Sandy Stranger llevaba alzado todo el diámetro del ala de su sombrero, y tan echado hacia atrás que daba la impresión de que iba a volársele. Para que esto no sucediese, le había cosido una cinta elástica que se ajustaba por debajo de la barbilla. A veces, Sandy masticaba ese elástico y, cuando estaba

ya demasiado mordido, le cosía uno nuevo. Aunque era conocida por sus ojos pequeños, casi inexistentes, era famosa por la manera como pronunciaba las vocales, una peculiaridad que, mucho tiempo atrás, embelesó a la señorita Brodie.

Por favor, sal y recítanos algo, porque el día ha sido agotador.

*Ella dejó el paño, dejó el telar,
a través de la estancia dio tres pasos,
vio que su lirio de agua florecía,
contempló el yelmo y contempló la pluma,
dirigió su mirada a Camelot.¹*

—Esto eleva el espíritu a cualquiera —solía decir la señorita Brodie, con el acompañamiento de un movimiento de la mano que abarcaba a toda la clase, compuesta por unas niñas de diez años impacientes por oír la campana que las liberase—. Donde no hay imaginación, el pueblo parece —les aseguró la señorita Brodie—. Eunice, ven a dar una voltereta para que podamos disfrutar de un toque humorístico.

Pero, en aquel momento, los chicos, apoyados en las bicicletas, se mofaban de Jenny Gray por su manera de hablar, aprendida en las clases de declamación. Iba a ser actriz. Era la mejor amiga de Sandy. El sombrero lo llevaba con la parte delantera del ala echada bruscamente hacia abajo; era la más guapa y elegante del grupo, y a eso debía su fama.

—Andrew, no seas gamberro —dijo con su tono engrdeído. Había tres Andrew entre los cinco chicos, y los tres Andrew empezaron a imitarla:

—Andrew, no seas gamberro —mientras las niñas se reían bajo sus panamás oscilantes.

¹ Lord Alfred Tennyson, *La Dama de Shalott y otros poemas*, traducción castellana de Antonio Rivero Taravillo, Pre-Textos, Valencia, 2002. Todas las citas de Tennyson que aparecen en el presente libro han sido extraídas de la edición citada. (*N. de la T.*)

Mary Macgregor, la última componente del grupo, que debía su fama a ser una especie de bulto silencioso, una inutilidad a quien todo el mundo podía reprender, llegó acompañada de una intrusa, Joyce Emily Hammond, la niña de familia riquísima, la delincuente de la escuela, que acababa de ser enviada a Blaine como último recurso, porque ninguna otra escuela ni institutriz alguna podían con ella. Aún llevaba el uniforme verde de la escuela de la que provenía. Las otras llevaban el de color violeta intenso. Hasta ese momento, a lo más que había llegado era a tirar algunas bolitas de papel al maestro de canto. Insistía en que la llamaran por sus dos nombres, Joyce Emily. Esta Joyce Emily se esforzó muchísimo por entrar en el famoso grupo y creyó que los dos nombres la consolidarían como un gran qué, pero no le sirvió de nada y no alcanzó a entender el motivo.

Joyce Emily dijo:

—Ha salido una profesora— y señaló con la cabeza hacia la entrada.

Dos de los Andrew sacaron las bicicletas a la calzada y se fueron. Los otros tres chicos se atrevieron a quedarse, aunque desviaron la mirada, intentando fingir que se habían parado para admirar las nubes que vagaban por Pentland Hills. Las niñas se agruparon, como si estuviesen cotilleando entre ellas.

—Buenas tardes —dijo la señorita Brodie cuando se acercó al grupo—. Hace varios días que no sé de vosotras. Creo que no deberíamos hacer perder el tiempo a estos jóvenes ciclistas. Buenas tardes, chicos.

—El famoso grupo se puso en marcha con ella, y Joyce, la advenediza delincuente, las siguió.

—Creo que no me habéis presentado a esta chica nueva —dijo la señorita Brodie, que escrutaba a Joyce. Cuando se la presentaron, le dijo—: Querida, aquí nos despedimos. Nosotras tenemos que seguir nuestro camino.

Sandy volvió la mirada y vio cómo se alejaba Joyce Emily; luego dio un salto, demasiado patilarga y descontrolada para su edad, y se unió al grupo de Brodie, que preservaba así ese secretismo que mantenía desde seis años atrás, cuando sus componentes aún estaban en la infancia.

–Colmaré vuestras jóvenes cabezas de viejas sabidurías –les había dicho en aquella época la señorita Brodie–. Todas mis alumnas son la *crème de la crème*.

Sandy miró con sus ojitos apretados la enrojecidísima nariz de Monica y recordó aquellas frases mientras seguía la estela del grupo de la señorita Brodie.

–Jovencitas, me gustaría que vinierais a cenar mañana –dijo la señorita Brodie–. Aseguraos de no adquirir otro compromiso.

–El grupo de teatro... –murmuró Jenny.

–Busca una excusa –dijo la señorita Brodie–. Necesito que me deis vuestra opinión acerca del nuevo complot que se está tramando para forzar mi dimisión. Ni que decir tiene que no dimitiré.

A pesar de la contundencia de aquellas palabras, las dijo de manera tranquila, como era su costumbre.

La señorita Brodie jamás comentaba sus asuntos con los demás miembros del profesorado, sino tan sólo con aquellas antiguas alumnas a las que había instruido desde el principio para que respetasen sus confidencias. Con anterioridad, habían tratado de despedirla de Blaine, pero todas aquellas conjuras se habían visto frustradas.

De nuevo se me ha sugerido que debería solicitar un puesto en una de esas escuelas progresistas, donde mis métodos resultarían más apropiados que en Blaine. Pero yo no solicitaré ningún puesto en una escuela elitista. Me quedaré en esta fábrica educativa. Por fuerza tiene que haber al menos una niña a la que yo le sirva de levadura. Dadme una niña que esté en una edad influenciabile y será mía de por vida.

El grupo de Brodie sonrió y cada cual interpretó aquellas palabras de un modo distinto.

La señorita Brodie hizo brillar sus ojos castaños para reforzar de manera elocuente su bajo tono de voz. Tenía un aspecto imponente con su bronceado perfil romano recortado por el sol. El grupo de Brodie no dudó ni por un instante que ella se imponería. Tan raro sería que Julio César solicitara un trabajo en una escuela progresista como que lo hiciese la señorita Brodie. Jamás dimitiría. Si las autoridades escolares querían deshacerse de ella, tendrían que asesinarla.

—¿Quiénes están en la pandilla ahora? —preguntó Rose, famosa por su atractivo sexual.

—Mañana por la noche hablaremos de las personas que están en contra de mí —dijo la señorita Brodie—. Pero dad por seguro que no se saldrán con la suya.

—No —dijeron todas—. Desde luego que no.

—No al menos mientras yo esté en la flor de la vida —dijo—. Éstos son mis años de plenitud. Recordad lo que os digo: es importante saber reconocer cuáles son los mejores años de la vida de cada cual. Aquí viene ya mi tranvía. Mucho me temo que no encontraré asiento. Estamos en 1936. La época de la caballerosidad es ya cosa del pasado.

Seis años antes, la señorita Brodie había llevado al jardín a las nuevas alumnas para darles una clase de historia bajo un gran olmo. Mientras cruzaban los pasillos de la escuela, pasaron por delante del despacho de la directora. La puerta estaba abierta de par en par y en la habitación no había nadie.

—Niñitas, venid a ver esto —dijo la señorita Brodie.

Se agruparon en torno a la puerta abierta, mientras ella señalaba un gran cartel que estaba clavado con chinchetas en

la pared de enfrente. Era el retrato de un hombre . Al pie se leía el siguiente lema: “La seguridad es lo primero”.

–Es Stanley Baldwin, que fue primer ministro y que dejó el poder hace poco –precisó la señorita Brodie–. La señorita Mackay lo tiene colgado en la pared porque está convencida de que la seguridad es lo primero. Pero la seguridad no es lo primero. La Bondad, la Verdad y la Belleza están por delante. Seguidme.

Ése fue el primer indicio que tuvieron las niñas de la diferencia existente entre la señorita Brodie y el resto del profesorado. De hecho, para algunas de ellas era la primera vez que se daban cuenta de que era posible que los adultos que ejercían la autoridad pudieran diferir entre sí por completo. Tomando nota mental de esto, y con el sentimiento estimulante de hallarse en el tenue fragor de una batalla, aunque al margen de todo peligro, siguieron a la temeraria señorita Brodie hasta la sombra segura del olmo.

A menudo, aquel otoño soleado, cuando el tiempo lo permitía, las niñas recibían sus clases sentadas en tres bancos colocados alrededor del olmo.

–Mantened los libros levantados –les advertía con frecuencia la señorita Brodie a lo largo de aquel otoño–. Sostenedlos en las manos, por si acaso aparece algún intruso. Si viene alguien, estamos dando nuestra lección de historia... O de poesía... O de gramática inglesa.

Las niñas sostenían sus libros, pero no con los ojos puestos en ellos, sino en la señorita Brodie.

–Mientras tanto, os contaré cómo pasé las vacaciones del verano pasado en Egipto. Os hablaré del cuidado de la piel y de las manos. Del joven francés que conocí en el tren que me llevaba a Biarritz. Y debo hablaros de las pinturas italianas que vi. ¿Cuál es el más grande de los pintores italianos?

–Leonardo da Vinci, señorita Brodie.

–Respuesta equivocada. La respuesta correcta es Giotto. Es mi favorito–.

Algunos días, a Sandy le parecía que el pecho de la señorita Brodie era liso, sin protuberancia alguna, sino recto como su espalda. Otros días, su pecho adquiría formas rotundas y apariencia voluminosa, circunstancia que hacía que Sandy se sentase a escrutarla con sus ojos diminutos, mientras la señorita Brodie, en los días en que daba las clases dentro, permanecía erguida con su cabeza morena bien alta, mirando por la ventana y hablando como si fuese Juana de Arco.

Os he dicho muchas veces, y las vacaciones pasadas así me lo han corroborado, que mi plenitud ha comenzado de verdad. Ese sentimiento de plenitud es muy escurridizo. Vosotras, niñas, cuando os hagáis mayores, tenéis que estar atentas para poder reconocer vuestra plenitud, pues os puede llegar en cualquier momento de la vida. Entonces tenéis que vivirla al máximo. Mary, ¿qué tienes debajo del pupitre? ¿Qué estás mirando?

Mary se sentaba como si fuese un bulto y era demasiado tonta como para inventarse algo. Era demasiado tonta incluso para inventarse una mentira, porque no sabía fingir.

–Estoy leyendo una historieta cómica, señorita Brodie –contestó.

–¿Quieres decir una comedia, una farsa?

Todas se rieron tontamente.

–Un tebeo –dijo Mary.

–Caramba, un tebeo. ¿Qué edad tienes?

–Diez años, señorita.

–Ya eres mayorcita para leer tebeos. Dame eso.

La señorita Brodie echó un vistazo a las hojas coloreadas.

–Caramba, *Tiger Tim's* –dijo, y tiró el tebeo a la papelera. Al darse cuenta de que todas las miradas se posaron en él, lo cogió de la papelera, lo hizo pedazos sin contemplaciones y lo volvió a tirar.

–Niñas, prestad atención. La plenitud es ese momento en que se realiza aquello para lo que nacimos. Ahora que mi plenitud ha llegado... Sandy, estás distraída. ¿De qué he estado hablando?

–De su plenitud, señorita Brodie.

–Si viniera alguien en el transcurso de la siguiente clase, recordad que es la hora de gramática inglesa –avisó la señorita Brodie–. Mientras tanto, os contaré algo de mi vida, de cuando era más joven, aunque tenía seis años más que aquel hombre.

Se apoyó en el olmo. Era uno de los últimos días del otoño y las hojas se desprendían por las pequeñas ráfagas de viento. Caían sobre las niñas, que agradecían aquel pretexto para poder moverse sin ser amonestadas y para sacudirse a sus anchas las hojas que se les posaban en la falda y en el pelo.

–La estación de las neblinas y de la fertilidad madura. Al principio de la guerra, estaba prometida con un joven, pero murió en la batalla de Flandes –dijo la señorita Brodie–. Sandy, ¿estás pensando en hacer la colada?

–No, señorita Brodie.

–Lo digo porque estás arremangada. No estoy dispuesta a tratar con niñas que se suben las mangas de la camisa, por muy buen tiempo que haga. Bájatelas ahora mismo. Somos personas civilizadas... Él murió una semana antes de que se declarase el Armisticio. Cayó como cae una hoja en el otoño, aunque tan sólo tenía veintidós años. Cuando volvamos dentro, veremos en el mapa dónde está Flandes y el sitio donde mi amor fue enterrado antes de que vosotras hubiéseis nacido. Era pobre, un campesino de Ayrshire, pero a la vez un alumno muy trabajador y muy inteligente. Cuando me pidió

que me casara con él, me dijo: “Tendremos que beber agua y andar despacio”. Esa era la manera campesina de Hugh de expresar que llevaríamos una vida apacible. Beberemos agua y andaremos despacio. Rose, ¿qué significa esa expresión?

—Que llevarían una vida tranquila, señorita Brodie —respondió Rose Stanley, que seis años más tarde se ganaría una gran reputación por su aura erótica.

La historia del novio asesinado de la señorita Brodie iba tomando forma cuando vieron que la directora, la señorita Mackay, avanzaba sobre el césped en dirección a ellas. De los ojos de cerdito de Sandy ya habían empezado a brotar algunas lágrimas, y aquellas lágrimas conmovieron a su amiga Jenny, más tarde famosa en la escuela por su belleza, que sollozó y se tanteó la pierna para sacarse el pañuelo de los pololos.

—A Hugh lo mataron una semana antes del Armisticio. Después de aquello hubo elecciones generales y el pueblo gritaba: “¡Colgad al káiser!” Desde su tumba, Hugh recibió honores de héroe.

Rose Stanley había empezado a llorar. Sandy movió los ojos húmedos hacia un lado y vio cómo avanzaba por el césped la señorita Mackay, con la cabeza y los hombros echados hacia delante.

—Sólo he venido a saludaros y me voy enseguida —dijo. ¿Por qué estáis llorando, pequeñas?

—Se han emocionado por algo que les estaba contando. Estamos en clase de historia —dijo la señorita Brodie, sosteniendo delicadamente una hoja caída mientras hablaba.

—¡Unas niñas de diez años llorando por un hecho histórico! —exclamó la señorita Mackay. Las niñas se habían puesto de pie de un modo desordenado, aturcidas aún por la imagen del guerrero Hugh—. Sólo he venido a saludaros y me voy enseguida. Bueno, niñas, el nuevo trimestre ha empezado. Es-

pero que todas os lo hayáis pasado muy bien durante las vacaciones veraniegas y tengo muchas ganas de leer la redacción que tendréis que escribir sobre ese tema. No deberíais llorar por un hecho histórico a vuestra edad. ¡Qué tontería!

–Hicisteis bien en no contestar la pregunta que os hizo –dijo la señorita Brodie a la clase cuando la señorita Mackay se fue–. Cuando se está en un apuro, es mejor no decir ni una palabra, ni sí ni no. El habla es de plata, pero el silencio es de oro. Mary, ¿estás prestando atención? ¿De qué estoy hablando?

Mary Macgregor, toda bulto, con sólo dos ojos, una nariz y una boca, como un muñeco de nieve, que más tarde sería famosa por ser boba y porque siempre la reprendían, y que perdió la vida a los veintitrés años en el incendio de un hotel, se aventuró a decir:

Del oro.

¿Qué he dicho que era de oro?

Mary echó una mirada a su alrededor y hacia arriba. Sandy le susurró “Las hojas que caen”.

–Las hojas que caen –contestó Mary.

–Está claro que no prestabas atención –dijo la señorita Brodie–. Pequeñas, si me prestáis atención, os convertiría en la *crème de la crème*.